

# LA CONFUSION DEL POSCRISTIANISMO

E. MIRET MAGDALENA

**L**a polémica progresista ha saltado a las páginas de los periódicos y de los libros. Nuestra Iglesia, acostumbrada al silencio para no comprometerse, ha salido a la palestra por boca de cristianos y no-cristianos que hacen confesión de progresistas.

Las páginas de *El País* han sido el inicio de este tema, que Alvaro Pombo ha clausurado con drásticas calificación, llamándole «el debate de las ingenuidades».

Y ciertamente, lo mismo podía haberse llamado de ingenuidades, que de superficialidades. Los creyentes que quedan no se olvidan fácilmente de su actual o de su antigua condición de clérigos, cuando lo han sido, y quieren coger el tren de la modernidad movidos por un afán inconsciente y equivocado que, si se desvelase, resultaría infantil, oportunista o simplemente lastre de enseñanzas pasadas.

Piensa Alvaro Pombo que no son ni suficientemente independientes ni bastante críticos por falta de perspectivas o de profundidad. Y eso, por mucho que ellos valgan personalmente, ya que parece como si se les ocultase las cáscaras que conservan ellos de lo pasado. Esto es lo que el citado escritor, con lenguaje demasiado desgarrado, ha detectado. Y lo que me parece que en el fondo puede ser acertado.

Los cristianos que han mediado en este debate parece que se han olvidado demasiado de expresar su fe, y no los conceptos más o menos ingeniosos de su elucubración personal, o las conocidas clasificaciones al estilo aristotélico, que frecuentemente dejan falsamente satisfechos con definiciones aparentemente profundas de *Pero Grullo* que «a la mano cerrada, llamaba puño», y después se quedaba tan tranquilo creyendo haber hallado algo muy interesante con esas palabras que nada descubren.

## Una pregunta

El poscristianismo, ¿qué es? Sencillamente lo que ha venido después del cristianismo.

Y ahí es donde empiezan precisamente las preguntas: ¿después del cristianismo que floreció con Cristo?, o ¿después del cristianismo que difundieron sus primeros apóstoles?, o ¿después del cristianismo de la cristiandad medieval?, o ¿después de haber perdido éste su dimensión y su influencia social predominante en el mundo occidental, como ocurre ahora?

Sin meternos en disquisiciones históricas, o en elegantes, pero engañosas elucubraciones, lo que más nos interesa es lo actual, lo que pasa en este momento de España. Esto es precisamente lo que no han descubierto con claridad los definidores citados del poscristianismo. Pero lo acaba de hacer un hombre que viene del campo católico y que, dentro de él, procede del *Opus Dei*, que hace años abandonó: Alberto Moncada.

Leyendo su libro *Los españoles y su fe*, descubrimos lo que no nos desvelan muchos profesionales del pensamiento religioso-cristiano español.

Y no quiero decir con esto que los autores a los que aludo al principio no tengan algunos aciertos, en medio de sus desaciertos. Ahí está por ejemplo, Antonio Marzal que da en el clavo cuando dice por ejemplo: «yo defiendo que el sitio de lo religioso es la privacidad», que es algo menos que lo público y más que lo individual, porque no oculta su realidad ante los demás y se abre a ellos; pero nunca pretende ya erigirse en líder de la sociedad en cuanto cristiano, como se intentaba todavía hace bien pocos años.

## Aprender de la vida

Deberíamos, los que tenemos el pretencioso oficio de pensar, que escu-

char un poco más la voz del pueblo; tentar lo que se dice por la calle, en vez de elucubrar en nuestros cenáculos selectos. Eso es lo que hace ejemplarmente Moncada —sociólogo de la educación y ahora de la religión— que se pone a escuchar a la gente española, y a observarla sin prejuicios. El único defecto que se podría achacar a su libro, es la cualidad de ser demasiado ameno; porque quizá con ello alguno puede confundir su facilidad con la superficialidad. Dictamen que sería erróneo, pues resulta éste uno de los pocos libros que interesan sobre el tema, ya que supone un buen lote de reflexión y experiencia dicho sin presuntuosidad alguna. Leemos en él lo que ha recogido un oído atento que oye, escucha y observa, y no se para en los métodos escolásticos de las distinciones ingeniosas que se basan en el método clasificatorio del anacrónico e infantil árbol de Porfirio de los manuales de filosofía eclesiástica.

¿Qué pasa —según eso— en nuestro mundo español con la religión?, que descienden tres cosas en nuestro país: el interés por las prácticas católicas; la intromisión de hecho de los clérigos en la vida pública; y la escucha de las voces —cada vez más tenués— de nuestros eclesiásticos.

Y, sin embargo, se observa que «en la segunda mitad de la década de los 70, entre las respuestas al desencanto de la civilización industrial, la religión ocupa un papel sobresaliente».

Mal que les pese a los especialistas de la secularización, cuyos vaticinios ingenuamente racionalistas no se han cumplido.

## Nueva religión

Pero ¿qué religión? Estamos acostumbrados a centrar lo religioso, o en el dominio que han ejercido las religiones —particularmente las Iglesias—, o en un concepto infantil de lo divino que nos impedía pensar por cuenta propia. Pero hoy amanece un nuevo Dios. Como dice el ateo Lombardo Radice, lo religioso es «la identificación positiva y gozosa con





La civilización que vivimos ha matado nuestra intuición, y la religión tradicional de estos últimos siglos ha olvidado la riqueza del hombre y ha hecho de él un autómatas sin pensamiento, o un razonador que repetía automáticamente lo que el clero le decía. Hemos olvidado que el matemático Gödel, lo mismo que el investigador de la psicología profesor Piaget, descubrieron que la lógica se basa en la intuición; y los más grandes y profundos inventos —según Hadamard— fueron encontrados por nuestro subconsciente.

## Nuestro triste catolicismo

Nuestro catolicismo conservador de ayer produjo la incultura religiosa y el no-desarrollo del hombre; y el progresista de hoy se anda por las ramas hablando de lo que atrae superficialmente, de lo que cree que está socialmente de moda; pero no trata de lo que convence a nuestra profundidad humana. Por eso un número creciente de españoles se dirigen hacia el pensamiento oriental, aunque desgraciadamente éste se suministre muchas veces falsificando o prostituido por el afán de dinero o de dominio sectario.

Sin embargo en nuestra antigua tradición religiosa española no todo fue negativo: hay en ella un acervo humano considerable que se aprecia claramente en nuestra literatura, en nuestras costumbres, en nuestro lenguaje, en nuestro folklore o en nuestras antiguas fiestas. Caudal que anteaer fue fecundo y alegre, ayer se convirtió en triste y tiránico, y hoy resulta superficial y prosaico. Por eso a veces el hombre religioso tiene que abandonar la religión, la camisa de fuerza que ponen los profesionales de lo absoluto, para poder seguir siendo religioso, como le pasó en el siglo pasado a nuestro pensador D. Gumerindo de Azcárate.

Los eclesiásticos de cualquier tinte, y los ex-eclesiásticos, debían pensar en todo ello, y no empeñarse en seguir con la funesta manía de hacer prosélitos de cualquier modo, en vez de transmitir lo que ellos viven, si es que viven algo, y sea cual fuere el lenguaje con que se diga. Si eso es vital y nos convence: ¡adelante!; y, si no, no nos olvidemos que por mucho que la mona se vista de seda, mona se queda. Y el cristianismo de los españoles hemos de juzgarlo también así. ■ E.M.M.

una realidad que nos supera y completa». Es lo mismo que expresa también un pensador católico, Karl Rahner, cuando dice que ser religioso es «tener un alma abierta, sin contentarse con una vaga aspiración, ni con el cultivo de deseos sin eficacia...; es percibir una exigencia de creación incesante que pide más allá».

Por eso de una religión que ata y domina, que nos asusta y atenaza, estamos pasando a lo que el orientalismo descubrió como postura religiosa, según dice el budista católico Raimundo Pannikar: «el budismo no es religión porque religue; sino porque desliga, porque libera». Ese es el Dios que descubrieron los místicos católicos profundos, un Dios que no tenía ya ni barbas ni cetros ni un palo en la mano porque, para ellos «Dios es un camino que recorre el alma hacia la

libertad», según experimentaba la beguina Hadewych al final de la Edad Media.

Nuestra civilización industrial carece de algo muy importante en la vida del hombre: su capacidad de fabular; su necesidad de poesía. Y la nueva religión debe ser algo que recoja esta dimensión humana perdida; necesita ser «poesía en la que cree». (R. Niebuhr). No se trata de modernizar la religión haciéndola progresista; lo que necesita es desprenderse de la pesada ganga que la envuelve; lo que precisa es descubrir si el hombre tiene algo dentro de sí mismo que le impulsa a trascenderse, se le llame a esto como se le llame. Porque a veces hasta el término «Dios» tendríamos que dejarlo arrinconado por las connotaciones tan negativas que ha tenido en nuestro país.